

Inventario

No me queda nada de todo eso, ni siquiera en la memoria. Fotos, ropa, recortes, nada. Menos mal que en su momento di mi testimonio, escribí algunas cosas, no puede decirse que no me pasó. Pero ese remolino de imágenes que me parió (porque nació el día que me largaron), ese revoltijo de aullidos, de olores, de terrores, todo eso se me diluye, murió. Vivo de ecos, los evoco por miedo a que terminen de borrarse. No sea que con ellos me esfume yo, que ya bastante diluida ando. Este ejercicio diario de no dejar que se me escapen mis sombras debe tener que ver con lo que me pasa. El mundo no quiere que la gente se distraiga: el universo, el cosmos, no parecen dejar que uno ande con la cabeza en otra parte. Si uno insiste en no prestar atención a lo palpable el orden universal va diseñando venganzas.

Desde hace un tiempo tan agobiante que ya no puedo medirlo en calendarios los objetos me andan esquivando. En las mudanzas siempre hay una caja que misteriosamente desaparece: había seis pero la cuarta, la más esperada, esa que guardaba manuscritos o algún dibujo especial, o los documentos que necesito para renovar otros documentos se queda en alguna esquina y no deja que la rescate. La compañía de correos, que garantiza un servicio confiable cien por cien, no puede entender cómo ni por qué no puede ubicar mi paquete tras semanas de investigar el caso. Sé que no vale la pena que busquen porque no se trata de un error de servicio: mi caja se empeña simple y llanamente en no llegar. Vivir se ha convertido en un ejercicio del paso en falso: no hay forma de controlar el movimiento irreversible de las cosas hacia un más allá de mí donde seguramente encuentran su lugar. Y encima debo dejar que los positivistas de siempre, que conocen el dónde, el cómo y el por qué, tomen riendas en el asunto y me agobien con sus ingenuas atenciones: un amigo revisa todos los tachos de basura del barrio antes de admitir que la pérdida de mi cartera es irremediable; el empleado de la compañía de ómnibus llama a las terminales para averiguar por qué un equipaje no ha sido enviado, como corresponde, en la línea en la que la pasajera ha viajado... Horas investigando, energías en trámites tan bien intencionados como inútiles. Vuelva mañana, llame a este número, denuncie el caso, avise, reclame. Yo sé que no hay remedio, señores, déjenme vivir así. Lo que me agota es seguir buscando.

En cada cosa quedó un retazo, la forma de alguna escena sin la cual no puedo reconstruir un pasado que deja sus migajas por todos lados, se desparrama, se niega a volver al útero que lo parió. Mi propia historia. Así que mi vida se va despoblando, desperdigando, deshojando, deshuellando. Mi vida se desmemoria. Perdí ya mucho más de lo que jamás tuve y por eso me resigno.

En los ires y venires de esta lucha han desaparecido mudas de ropa, bibliotecas, joyas, pasaportes, cartas, relojes, radios, discos, violines, libros. A medida que esta pila de eslabones perdidos se acumula he comenzado un inventario para que al menos quede una prueba de mi drama. Hoy anoté: foto de mi marido. Blanco y negro. En marco plateado con bajorrelieves. Y así voy registrando, para que algún día se investigue. Primero falté yo, pero volví. Después faltó mi marido y no hubo forma

de recuperarlo (después de más trámites e intentos de los que pueden tolerar varias vidas). Finalmente me faltaron las llaves, las valijas, los papeles. Todo está cada vez más vacío, pero empiezo a descubrirle cierto sabor a la aventura de perder lo inesperado. Me despierto imaginando la sorpresa que me traerá el nuevo día, el nuevo hueco en la colección de despedidas. Porque al fin y al cabo me entretienen, me mantienen tan ocupada que no tengo cuándo acordarme de él. Y no es que no quiera, pero me duele porque no fue despedida: se lo llevaron sin decir adónde, pero yo sé adónde. Estoy segura que en su caso él, a diferencia de las cosas, hubiera preferido volver. Por eso que se vayan las cosas hasta me entretiene. Cuando no me quede nada podré disponer de tiempo para pensarlo, a Rubén.